

CAPITULO V.

VIDA.

26. *María es nuestra vida.*—Yo no sabré decirte, lector carísimo, todo cuanto tiene de grandioso y excelente la devotísima oracion de la Salve. Nos presenta á María saludada por todos los cristianos que convertidos en otras tantas lenguas, le dicen: *Dios te salve*: grandiosa idea que es la mas apropiada para indicarnos lo que es María en sí misma, y que con relacion á nosotros Ella es nuestra Madre.

Nos presenta á María con el único título de Reina universal de los cielos y de la tierra, y poniendo en juego á toda la Trinidad, coronándola el Padre con la diadema del poder, el Hijo con la corona de su sabiduría, y el Espíritu Santo con la inmensidad de su amor.

Nos presenta á María como Madre, ejerciendo en favor nuestro todos los oficios de la mas solícita y tierna de las madres: á María amando todas las criaturas del Criador, todos los redimidos del Redentor y todos los justos del santificador, y á María, amando de tal suerte á todos los pecadores que ya no aman el pecado, que se les constituye y declara su propia Madre. Y ¿qué no basta todo esto? ¿Estos títulos no son suficientes para robarnos el corazon?

Pero como en esta oracion no solo se trata de lo que nosotros necesitamos, sino que tambien de las excelencias de tan gran Señora; por esto, para darla á conocer mejor, la veremos con el bellissimo dictado de *Vida*, como si dijéramos que aquella misma María es de tal suerte nuestra Reina y nuestra Madre y Madre de misericordia, que es igualmente nuestra *Vida*. ¡Qué alabanza puede compararse con esta alabanza!

Las dos instituciones principales de San Vicente de Paul, á saber: las Hermanas de la Caridad y la Congregacion de la Mision, estaban en 1830, casi dando el último suspiro, á consecuencia de una revolucion que tuvo por principal objeto, destruir toda orden religiosa. Mas aconteció que en la época á que nos referimos, quiso María manifestar una vez mas que Ella era nuestra *Vida*, porque habiéndose aparecido á una novicia de las Hermanas de la Caridad, y habiéndole hecho completa entrega de la medalla, con razon apellidada poco despues la *Milagrosa*, comenzó dicha comunidad desde aquel instante á salir de sus agonías mortales; resucitó de hecho: todas las hermanas sentian como renovarse en el espíritu, multitud de vocaciones querian gozar de su observancia, y adquirió una vida tan fuerte y robusta, que ha presentado en la Iglesia de Dios un hecho tan magnífico y grandioso, que segun la expresion de Pio IX, *no se encuentra igual en los anales de la Iglesia*. Desde entonces aumentó su noviciado tan extraordinariamente, que solo en el Seminario de Paris, es decir, en aquel mismo noviciado en donde se apareció la Santísima Virgen, en solo tres meses han llegado á entrar mas de quinientas novicias, sin contar con una multitud de noviciados en otras naciones, pero que salieron de la casa-madre.

De este hecho se siguió, como por consecuencia, la resurreccion de la Congregacion de la Mision, porque desde aquella feliz época se reunieron los pocos miembros que vagaban dispersos por efecto de la revolucion, comenzaron la restauracion de la Compañía, se revistieron del espíritu primitivo que los caracteriza, y actualmente cuenta la casa-madre un personal de doscientos individuos, sin contar una multitud de fundaciones que salieron de su seno. De este hecho, en fin, vino naturalmente la resurreccion de todas las grandes obras del santo; y en nuestros dias las Conferencias de hombres y Asociacion

de las señoras de la caridad, ambas fundadas por San Vicente de Paul, como dice el Papa Pio IX, se encuentran en un estado tan floreciente, que nunca se habia visto semejante. ¡Tan cierto es que María es nuestra vida!

27. *Porque nos conserva la vida del cuerpo.*—Aunque esencialmente un Sér es el que conserva todas las cosas, y este Sér único es Dios Todopoderoso, pero María, por gracia y privilegio nos conserva la vida del cuerpo. Porque, si como dice Santiago, el pecado es de tal naturaleza, que en el mismo momento que está consentido ocasiona la muerte, resulta que habiendo pecado nuestros primeros padres, al instante habian de morir; y esta muerte era la amenaza que Dios les habia hecho.

Pecaron: ¿y por qué no se siguió la muerte de los culpables inmediatamente? No hay otro por qué que María, el grande amor que Dios profesaba á María: de manera que podemos afirmar que por María no fueron arrojados al infierno como los ángeles culpables, y por María fueron esperados con la misericordia, ya que esta misma María se la indicó Dios al asegurarles que de una mujer naciera el que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente. Por respeto á María se conservó el género humano; por respeto á María hubo aquellos santos que llamaba la Escritura los hijos de Dios; por respeto á María se reservó el Señor un Noé salvándole en el arca cuando un diluvio acababa con toda carne corrompida; por amor á María hubo los Patriarcas, los Profetas y Santos Sacerdotes, y por respeto á María se concedieron todas las gracias y misericordias del Antiguo Testamento; tan cierto es que María es nuestra vida, porque nos conserva la vida del cuerpo!

El pecado es lo mismo hoy que en los antiguos tiempos, con la notable diferencia que ahora tiene un no sé qué de mas ingratitud y monstruosidad. Pues ahora bien: ¿por qué tenemos vida habiendo pecado? ¿Cuántos pecados de pensamiento, de pa-

labra y de obra? ¿Y por qué aun vivimos? ¿Por qué la tierra no se abre á nuestros piés y nos traga en sus entrañas? ¿Por qué el cielo no se convierte todo en centellas para herirnos de muerte? ¿Por qué la mejor comida no se torna en el veneno mas activo? No hay otro por qué, que la proteccion de María: ¡tan clara cosa es que *María es nuestra vida!*

28. *Porque nos conserva la vida del alma.*—A la manera que el alma, lector carísimo, es la vida del cuerpo, así la gracia es la vida del alma: y así como separándose el alma del cuerpo, ya no es el cuerpo de un hombre, sino un hediondo cadáver, así separándose la gracia del alma, ya no está destinada para el cielo, sino para sufrir las terribles consecuencias del infierno; Infeliz el alma que no tiene la gracia! porque en medio de su inmortalidad tiene la mas horrorosa muerte, que le hará morir eternamente en medio de infinitos é inmensos suplicios: y esta alma es aquel hombre misterioso, que segun el Apocalipsis, tenia el nombre de vivo, pero en realidad era ya muerto. ¿Y quién nos librará de esta muerte tan cierta como desconocida en la apariencia? María, la poderosa y omnipotente María: Ella es la que por medio de su intercesion nos alcanzará la gracia y con ella nos dará la vida.

Es tanto lo que hace esta augusta Madre de Dios en favor de sus devotos, que acudir á María es lo mismo que hallar la gracia; porque escrito está que el que *honra á María, hallará la gracia*, la salud verdadera de su alma y la eterna vida en la patria celestial. ¡Oh María! ¡Oh raptora de los corazones! ¡Oh la mas bella de las criaturas! ¡Oh augusta Madre del Criador! ¡Oh inmaculada y divina María! ¡Qué diré de tí, oh Madre mia? Nada quiero decir, porque todo está asegurado, afirmado que tú eres la vida de tus devotos.

Segun cierto testimonio de la Escritura Sagrada, podriamos decir, que habiendo María hallado la gracia, debió hallar nece-

sariamente la que nosotros habíamos perdido, y por tanto que restituyéndonosla, nos da la vida. Este momento tan solemne, es el de la Encarnacion: al menos en este feliz instante le anunció el Angel que habia hallado la gracia delante del Señor. Mas ¿qué gracia podría hallar María si no fuese la nuestra? Ella jamas la perdió, Ella siempre estuvo llena de gracia, y Ella, segun el testimonio del mismo Angel, siempre la multiplicó extraordinariamente: luego esta gracia que María halló, es la gracia que perdieron los pecadores, y de un modo especial la gracia que nosotros perdimos por la culpa. ¡Ah, qué consecuencias tan dulces y consoladoras!

Si María halló nuestra gracia, hemos de acudir á Ella porque Dios la puso en el mundo para que sea nuestra defensa, la constituyó nuestra medianera entre Jesucristo y los hombres, y para que viendo las llagas que nos causara la culpa, luego acudiese al médico celestial y acabara con curarlas perfectamente, restituyéndonos de este modo la verdadera vida. ¡Qué consuelo! María, habiendo hallado nuestra gracia, queda constituida la verdadera vida aun de los mas miserables, alcanzándoles el perdon de todas sus culpas. ¡Oh, si á fuer de grandes pecadores supiéramos saludar agradecidos á nuestra querida Madre! Es la mística escala que nos deparó la Providencia para subir á la gloria; es la Madre de Dios y afortunadamente la Madre nuestra; es como un místico cielo que nos recuerda la patria celestial; es el perfectísimo tabernáculo de Dios colocado en medio de los hombres; es la poderosa que trasforma en amantísimos y devotos los corazones de los mas miserables; es un trono soberano desde cuyo asiento brotan mil y mil gracias; en una palabra, es la que nos comunica la vida eterna.

¡Oh María! ¡Oh qué nombre tan supremo! ¡María es todas las cosas para nosotros, y aun es la misma vida. ¡Oh divina María! Dádme la vida de la gracia, conservadme siempre con

este brillantísimo ropaje. ¡Oh María! Tú eres mi vida, María! por los trabajos que padeció Jesus; por los nueve meses que estuvo en tus entrañas; por el frio de la noche de su nacimiento; por cada uno de los pasos que diste en tu viaje á Egipto; por sus fatigas y sudores; por la sangre que derramó en su pasion, y por su muerte sagrada, te pido encarecidamente que en toda mi vida, y principalmente en la hora de mi muerte, tú seas mi vida, para que pueda cantar contigo tus infinitas misericordias por los siglos de los siglos. Amen.

29. *Porque nos alcanza de Dios la perseverancia final.*—El don de la perseverancia final es una gracia tan extraordinaria, que Dios no la debe á nadie: que ninguno puede merecerla en fuerza de sus propios méritos; y es tan don de Dios, que entre las cosas celestiales y divinas, El es la divinísima. Este don á nadie lo niega el Señor, si se lo pide diariamente, debidamente y hasta la muerte: pero ni el mérito de todos los santos puede merecer á un solo hombre la gracia de la perseverancia final. Sin embargo, María como que es la Reina todos de los santos, puede lo que ellos no pueden, y de hecho nos alcanza la perseverancia final, si somos sus devotos; y con solo esto nos da la vida de la gracia y la vida eterna en la patria celestial: ¡tan cierto es que María es nuestra vida!

Para perseverar hasta el fin en la práctica de la virtud, de los mandamientos de Dios, de la Iglesia y de las obligaciones propias del estado que hemos abrazado, necesitamos de grandes esfuerzos, pero esfuerzos que están contenidos en la verdadera devocion á María; porque un verdadero devoto suyo se conforma en un todo con su voluntad, publica sus glorias, engrandece su nombre y le da el culto que le es debido, superior al culto que damos á los santos, aunque inferior al que damos á Dios; y este su devoto es el que obtendrá la vida de la gracia en este mundo, y en el otro la vida eterna.

Mas ¿cuánta fortaleza no supone semejante devoción ya que tiene por resultado la vida eterna? En efecto: la perseverancia final supone un ir siempre adelante por el camino de la virtud sin retroceder jamás, y la devoción á María un trabajar sin descanso en imitarla. Mas todo esto se encuentra en María, porque Ella es la que nos anima á emprender las mas descomunales batallas contra el mundo demonio y carne: Ella la que nos arma poderosamente para defendernos y vencer: Ella la que nos encierra en su divino Corazon, en donde, como en la torre de David, nos hallamos ceñidos de defensas, armas y escudos, y Ella la que nos comunica su propia fortaleza.

Todo lo encontraremos en María, porque Ella es cual plátano que se alza cerca de la corriente de las aguas para servirnos de poderoso manto cuando los ardores de las pasiones intenten abrasarnos, y porque Ella es la respiracion de los cristianos, con lo cual se indica, que así como para la vida del cuerpo es del todo necesaria la respiracion, así para la vida eterna, que es el resultado de la perseverancia final, es sumamente necesaria la devoción á María.

Esta Soberana Señora, con la multitud indecible de beneficios que nos dispensa, se torna en místico lazo con el cual nos ata para que nos apartemos de la culpa, para que con la gracia perseveremos hasta el fin, y para que lleguemos felices á la eterna gloria.

Se dice de María que puso el cimiento de su perfeccion en la plenitud misma de la santidad, y con esto es dado á Ella el que los justos no vuelvan atras, el que adelanten diario en el camino de la virtud, el que practiquen todos los dias nuevos actos de caridad, y el que atados los demonios no los tienten mas allá de sus propias fuerzas. ¡Oh! ¿y cuándo podria yo acabar de referir lo que hace María para darnos la vida? ¡Oh, si todos los hombres amasen á esta benignísima Señora! ¡Oh, si en las ten-

taciones se acudiera confiadamente á María! Pero como por desgracia en muchos no es así, por esto hay tantos padres descuidados en la educacion de sus hijos; por esto hay tantos hijos ingratos á los memorables beneficios que recibieron de sus padres; por esto hay tantas vírgenes que se exponen á empañar su lirio virginal, y por esto hay sacerdotes no santos, y todo, desgraciadamente, en número no pequeño.

¡Ah lector carísimo! ¿Por qué cuando nos asalta el mundo con sus máximas, el demonio con sus asechanzas y la carne con sus concupiscencias no imitamos á los polluelos, los cuales apenas ven las aves de rapiña, cuando luego acuden presurosos á ocultarse bajo las alas de su madre? Sin duda alguna que así lo hemos de hacer, y así experimentaremos á cada paso que María es nuestra vida, porque nos da la vida del alma, y nos da la felicísima vida de la eterna gloria.

¡Y qué! ¿podrás no ser un perfecto y cabal devoto de María? ¿Podrás no honrarla y trabajar con todas tus fuerzas para que sea del mayor número colocida? Ea, ama á María, y ámala con todo tu corazon y con todas tus fuerzas; ama á María, pero afectuosa y prácticamente; ama á María, pero ámala como merece ser amada aquella privilegiadísima criatura que no solo es tu Reina y tu Madre, sino que es tambien tu vida, y vida del cuerpo y del alma, y es tambien la vida eterna de la gloria. ¿Qué ama, pues, quien á María no ama?

Lector carísimo; quienquiera que seas, examina tu vida, tus deberes, tu condicion y tu estado, y te verás con muy grayes obligaciones que cumplir: ¿y cuántos peligros en el mar tempestuoso de esta vida? Mira por tí mismo, y si no quieres quedar sumergido, debes acudir á María ya que Ella es por excelencia la Estrella del mar. Por tanto, en los peligros de pecar en las fuertes tentaciones, en los funestísimos recuerdos y en el alboroto de toda pasion, llama á María, acude á María, y sea

María el objeto de toda tu confianza, ya que Ella es tu vida de a naturaleza y la de la gracia.

30. *Devoción á María como vida.*—En una ciudad, que con razón podría apellidarse de María, vivían dos jóvenes tan agradecidos en prendas naturales, como perdidos por un amor no santo. Vana cosa sería el explicar que vivían mal entretenidos: solamente notaremos que era con una pasión tan exaltada, que cada uno para el otro era como su vida; y el nombre con que se reconocían era apellidarse mutuamente vida mía.

Mas aconteció que sin saberlo uno del otro, asistieron á una función solemnisima celebrada en honor de la Inmaculada Concepcion, en la cual el predicador, despues de haber presentado tan gran misterio con los mas bellos hechizos, cargó poderosamente contra la mancha de la impureza, y ambos corazones se separaron en aquel mismo instante, se consagraron á María y la tomaron por su verdadera vida. Ambos se convirtieron perfectamente, ambos se confesaron y comulgaron, ambos siguieron una vida devota, y por fin se unieron en el santo matrimonio. Como se habian casado no por fines innobles, sino con el fin nobilísimo de agradar á Dios, y de ayudarse mutuamente, María Santísima les concedió unos hijos á la verdad santos, y todos juntos formaban una casa que era toda dedicada á María.

Todos los dias se consagraban á tan Soberana Señora; y si el marido confesaba que estaba muerto y que la vida del cuerpo y la del alma, la debia á María, lo mismo afirmaba la esposa; y ambos á dos rezaban por la mañana las oraciones del cristiano, hacían un rato de oración mental, casi diariamente oían misa y rezaban á María el santísimo rosario. En las vigili-
as de las principales festividades se confesaban, ayunaban, hacían algunas limosnas y comulgaban en el dia de la fiesta. Dichosos los casados que á imitación de este matrimonio, es-

tán del todo consagrados á María, porque sin duda alguna, hallarán en Ella que es su vida!

CAPITULO VI.

DULZURA.

31. *María es nuestra dulzura.*—Te confieso, lector carisimo, que no puede explicarse la confianza con que acuden á María sus fidelísimos devotos. Y no puede ser de otro modo, porque ¿cómo no han de tenerla completísima á esta Madre de piedad? ¿Cómo no se la han de profesar toda entera á esta Virgen sacrosanta? Ellos saben que está llena en su favor no solo de misericordia, sino que tambien de una liberalidad inmedible: ellos saben que es tal su compasion que no puede dejar de protegerlos, y que ni todos los demonios son capaces de causar mal alguno á la venturosa alma que es toda de María.

A vista de esto, digamosle una y mil veces: Salve, salve, María; salve, Soberana Reina; salve, queridísima *Madre y Madre de misericordia*; salve, *vida* del cuerpo y vida del alma, vida de la carne y vida del espíritu, vida del tiempo y vida de la eternidad. ¡Oh, qué consuelo! ¡Qué felicidad tan dichosa!

Pero esta crece y se multiplica extraordinariamente al considerar que María es tambien nuestra dulzura; y como si dijera, María, de tal suerte es mi Reina y Madre, mi misericordia y mi vida, que Ella sola me llena de un consuelo tan inexplicable, que forma realmente toda mi *dulzura*. Sí: María es para sus devotos *toda dulzura*; porque á la manera que la gloria del Hijo es la gloria de la Madre, así la dulzura de la Madre es la dulzura misma del Hijo; y así como Jesucristo es esencialmente dulcísimo, así María es por gracia y privilegio la *misma dulzura*.